

de ampliar las noticias que hasta ellos habían llegado, quizá esperanzados con la repetición de aquella hazaña, se trasladaron a las Delicias, que muy pronto fueron insuficientes para contener a la multitud de curiosos. En grandes grupos o paseando comentaban las noticias del día anterior, las escasas tropas imperiales que guarnecían Madrid y la pobre defensa que hubiesen podido ofrecer contra un ataque bien organizado de un fuerte contingente de españoles, porque la guarnición de Madrid no sólo era insuficiente, sino que estaba mal organizada. Se dijo que si, en lugar de dividir en dos los Escuadrones el coronel Palarea, las cuadrillas hubiesen estado colocadas a lo largo del canal y atacado sin entretenerse las puertas de Atocha, Embajadores y el puente de Toledo, los pocos soldados españoles, afrancesados, que estaban de guardia en ellas, sin municiones y la guardia cívica que no tenía ni piedra para sus fusiles, no hubieran podido impedir su penetración hasta bastante lejos y además habrían encontrado la ayuda de la multitud, del pueblo bajo que se hubiera agolpado a su alrededor, como lo demostraban los comentarios que hacían al día siguiente en el paseo de las Delicias.

Aun más, el mariscal Jourdan, jefe del Estado Mayor de José Bonaparte, escribía el día 13 de enero al príncipe de Neufchâtel, mariscal Berthier y le decía: «Lorsque les brigands se sont présentés aux portes de Madrid, la foule s'y est portée et il n'y a pas de doute qu'elle ne se serait réunie à eux s'ils étaient entrés. Je suis aussi bien convaincu que les troupes espagnoles en auraient fait autant et qu'il y aurait en bien des Français égorgés avant que le peu de garde royale qui est ici eût été en mesure d'agir pour les chasser de la ville».

No se puede dudar que se presentó una magnífica ocasión para dar un golpe de mano sobre Madrid que hubiera elevado a Palarea a las cumbres de la fama, pues el momento era propicio, pero tampoco conviene olvidar que probablemente Palarea no ignoraba el estado deficiente en que se encontraba la guarnición, así como la posibilidad de encontrar la ayuda del pueblo de Madrid y la de los soldados españoles al servicio del Intruso. Sus espías le pondrían al corriente y lo prueba la audacia del paseo de sus Numantinos por los alrededores de Madrid dedicándose a cazar militares franceses con toda tranquilidad sin temor de ser arrollados por la gendarmería real e imperial. No quiso intentarlo aunque al parecer era fácil. Su inactividad se debió a que, si bien obraba con entera libertad, dependía del general del 5.º Ejército que era quien le señalaba el objetivo a cumplir, aunque sin indicarle la forma de realizarlo, y